

Notas

El centenario de Jorge Isaacs

MAS que una reflexión sobre la literatura romántica, el centenario de Jorge Isaacs nos invita a meditar sobre el actual momento de las letras colombianas. Fuera de los estudios biográficos y literarios de Guillermo Valencia, Rafael Maya y Mario Carvajal, casi nada perdurable se produjo. Los concursos de verso y prosa fueron declarados desiertos, no obstante su carácter nacional y la abundancia de trabajos remitidos. Es verdad que entre las más idóneas gentes de letras existe cierta indolencia y no menos ~~desdén~~ y apatía por esta clase de gestas literarias. Pero de todas maneras, el homenaje intelectual del país al autor de "María" puede considerarse exiguo y ripioso. El libro de Mario Carvajal es un enfoque radiante de la proteica personalidad de Jorge Isaacs y un análisis austero de su famosa obra literaria. El poeta de "La escala de Jacob" estudió verazmente a su héroe, siguiendo con pasión el zig-zag de su vida y la travesía atormentada de aquella existencia hazañera. Porque Jorge Isaacs fue como hombre un ancho y caudaloso episodio humano y el más rico y completo latifundio biográfico. El estilo de Mario Carvajal se matiza de imágenes y a cada paso nos sorprende el milagro metafórico y la madrugada limpia de la frase. El autor de "Vida y pasión de Jorge Isaacs" le suministra a la literatura colombiana una de las formas más perfectas, pero cincelada lejos de aquel forcejeo estético que en ciertos obreros pseudo-flaubertinianos constituye apenas la tarea alambicada y sudorosa del aprendiz. Rafael Maya alcanzó igualmente en su fulgente estudio la más fiel interpretación de "María" y el más minucioso inventario de una edad intelectual. "Jorge Isaacs y la realidad espiritual de su vida" es la excursión lenta por la topografía de un alma, el discurrir esmerado por una época literaria fenecida y la ojeada analítica por el ámbito de una obra que es preciso fijar en el espacio y en el tiempo. La oración de Guillermo Valencia puede considerarse como un trabajo extraordinario y superior pero acaso sin parentescos con su obra panegírica del pasado. El maestro payanés realiza la más sorprendente orquestación académica y el más limpio y depurado lenguaje oratorio. En su discurso no se excede el periodo ni se destrenza la cláusula en la fácil catarrata retórica de una elocuencia enmohecida. Guillermo Valencia no está anclado

en maneras pretéritas sino que ha logrado la sorpresa de una fresca factura lírica, nueva en su piel, sólida en su interior y plena de zumos nuevos. En su oración sobre Jorge Isaacs se nos muestra emancipado de una añeja técnica académica, más bien el error académico que, según la crítica contemporánea, atriba en engrosar infantilmente un acervo de vocablos para mejor disponer la aparatosa epifanía de un trivial concepto. Guillermo Valencia, Mario Carvajal y Rafael Maya, redimieron, pues, con estudios de dilatada proyección estética la celebración centenaria. Quizás olvidemos algunos trabajos de mérito pero, en verdad, sólo nos subyugan las tres creaciones mencionadas.

La novela colombiana

NO podemos afirmar que exista la novela colombiana como género maduro, íntegro y logrado. Tenemos apenas ligeras manifestaciones, breves esquemas y esporádicos hallazgos que no alcanzan a formar todavía la auténtica fisonomía de una novelística nacional. No podríamos indagar su historia por ciclos de escuelas literarias ni tampoco consultar su sazón y desarrollo, o el tránsito de una modalidad estética a una nueva divisa novelesca. Los esfuerzos intelectuales en este género han sido flojos, incoherentes y dispersos. Sobre todo no podríamos señalar una realización sólida y ordenada, ni una etapa áurea y milagrosa en el desenvolvimiento de este empeño. Parece que la novela sólo se produce en literaturas que han alcanzado una mayor edad y en culturas superiores o de viejos estratos. Rafael Maya pudo afirmar con razón que los pueblos jóvenes apenas tienen fantasía que es la primera diadema de esa tierra que se contempla luego sobre la cabeza de las razas maduras. De ahí que sobre pruritos infantiles haya sido edificada casi toda la novela colombiana que, por iguales razones, ha oscilado entre el folletín, el libro de aventuras, el cuaderno de viajes o la pura anécdota romántica. "La Vorágine" de José Eustacio Rivera clarifica admirablemente el juicio crítico de que somos un pueblo más apto para el canto que para la creación fría y analítica. Esta obra es ante todo un poema en prosa y una vigorosa epopeya de la vida primigenia de nuestras selvas. Tomás Carrasquilla es naturalmente una excepción en la novela colombiana, no obstante la limitación estética de su obra: El autor de "Entrañas de niño", "La Marquesa de Yolombó" y "Hace tiempos..." se ha encerrado intelectualmente en la altanería de nuestros riscos disminuyendo así la universalidad de sus libros. Porque este cerco geográfico es también un cerco espiritual que le resta alcance a sus novelas. Pero Tomás Carrasquilla quedará como el mejor notario de nuestras costumbres y el observador más alerta y sagaz de una raza. En sus relatos novelescos aparece todo la matización y el colorido de un pueblo, la historia natural de un conglomerado humano y el conjunto rico y diverso de nuestras virtudes y defectos. El costumbrismo tal vez no descubre ciertas dimensiones psicológicas porque atiende más a la superficie de los hechos, a movimientos y circunstancias exteriores que hieren al novelista en una forma más óptica que intelectual. Pero la vida fluye dramáticamente en el subsuelo de esa corteza exterior de los fenómenos. Yo, escribía Pirandello, aparte del placer de contar, experimento una más profunda necesidad espiritual, y no admito personajes, peripecias, paisajes, sino cuando están empapados, por decirlo así, de un sentimiento particular de la vida que les confiera valor universal. Circunscrita la obra de Tomás Carrasquilla a una modalidad literaria regional, carece tal vez de ese itinerario ecuménico y de aquel uni-

versalismo que alienta en la nueva literatura. Pero de la actual novela americana, sólo podemos destacar este nombre que constituye el más puro y logrado esfuerzo en la redención de un género cuyas posibilidades se encuentran en otras faunas intelectuales con mayor capacidad analítica y más linfa creadora que razas como éstas apenas aptas para el énfasis. Pero el costumbrismo ha sido un introito literario a la arquitectura de la novela nueva. Qué podemos entonces relieves de este preámbulo intelectual? Consistió en el procedimiento y en el escenario, apunta sagazmente Gómez de Baquero. El procedimiento, -añade el ensayista español-, era la observación, era abrir los ojos al espectáculo de la vida cotidiana. El arte de ver y observar es el primer grado de la sabiduría del novelista, su *initium sapientiae*. Les enseñó a salir de la mascarada medioeval de los románticos, para instalarse como observadores en la sociedad en que vivían y prepararse a contemplar la comedia humana. El escenario era el cuadro de esa misma sociedad, la descripción de tipos, de costumbres, de escenas, el fondo de la fábula novelesca. En resumen, lo que trajeron los costumbristas fue un aprendizaje de observación y deducción.

Ahora esperamos en Colombia el libro de Efe Gómez titulado "Mi Gente", obra que puede ser un episodio maduro de la novela americana. Siempre hemos sospechado del cuentista que súbitamente desemboca en el arte de la novela. José Restrepo Jaramillo con su "David, hijo de Palestina", es un alto ejemplo de ese tránsito peligroso que fácilmente llega a subvertir y hasta arruinar la potencia inédita de un escritor. Pero el maestro Efe Gómez está seguro de su obra y por el momento nos basta esa confianza del autor. Algunos fragmentos de "Mi Gente", ya publicados, establecen un índice suficiente de la calidad lírica de este libro, su espesor psicológico y el tenso sentido humano de sus páginas. Hoy día no es posible considerar la tarea novelística como un encadenamiento de hechos que en un espacio físico más o menos largo alcanzan a formar lo que comunmente denominamos un *argumento*. Esta podrá ser la concepción estética de Hugo Wast pero no la forma o el procedimiento técnico de Fedor Dostoyewsky. Para Efe Gómez el hecho humano, así sea denso o intrascendente, no es el simple trampolín que aprovecha la fantasía en la manufactura de una sorpresa o de un truco, que sacie la patética glotonería de las mayorías vulgares. El autor de "Mi Gente" considera el hecho humano como el saco vacío de que nos habla el creador de "Los seis personajes...", que sólo se tiene en pie cuando se ha metido en él los motivos y sentimientos que lo han provocado. El verdadero novelista busca ante todo al hombre como realidad y como angustia, la aguda conflictiva animica de un sér y el hondo subsuelo de una conciencia psicológica. Quizás la novela colombiana sólo se ha limitado a la diversión románticoide, al juego anecdótico y truculento y a la gorda peripécia sentimental. Efe Gómez va a realizar en su novela "Mi Gente" una auténtica colonización humana, una investigación escrupulosa del alma antioqueña y la más paciente excursión por la topografía psicológica de una raza. Hasta el presente los novelistas antioqueños nos han dado una reseña literaria de la superficie de nuestro pueblo. Pero nos falta el descubrimiento del sub-fondo, el intrépido descenso a las trastiendas raciales y la noción química de esa pluralidad de tipos y caracteres que forman este conglomerado. La vida profunda, escribió alguien, se encadena a la roca, la epidérmica tiene alas en los pies. Gime la primera bajo el signo de Prometeo, la segunda retoza el signo de Hermes. Mitología eterna a la cual volvemos siempre. Dos partidos que el hombre ha de tomar frente a las cosas: detenerse o pasar de largo, hundirse en las esen-

cias o resbalar alegremente por las meras circunstancias, por la risueña piel. Toda una época literaria ha preferido al dios con alas en los pies. Tal vez ya estamos hoy frente a Prometeo, frente al hombre ambicioso que intentó robar sus secretos a los dioses. Si así es, las letras, -todas las artes-, han iniciado un cambio de rumbo. De pronto el escritor se tropieza con que las alas no le servían para sumergirse en el pleno conocimiento del hombre y del mundo, que era necesario encadenarse, depender, ligarse y religarse, descender a las entrañas sostenido por los otros, mantenido por la superficie, no lanzado por ella de acá para allá. No retozar como el balandro, sino sumergirse como el buzo.
